

El sujeto en los juegos del poder: subjetivación y desubjetivación desde Foucault¹

The Subject in Games of Power: Subjectivity and Desubjectification from Foucault

Luis Antonio Ramírez Zuluaga²

Recibido: 17-Agosto- 2015 Revisado: 01- Octubre - 2015 • Aprobado: 24- Octubre-2015

Resumen

Este artículo desarrolla una reflexión teórica sobre las posibles funciones que puede tener el sujeto con respecto a las relaciones de poder y a la resistencia. Para ello se recurre inicialmente a la noción de *subjetivación* como referente de los modos en el que el ser humano se convierte en sujeto y eventualmente deviene un nodo de resistencia al poder. Posteriormente se aborda una singular forma de resistencia denominada *desubjetivación*, planteada por Foucault desde sus análisis del lenguaje literario contemporáneo; se trata de una tipología moderna de las “prácticas de sí” que implica no sólo una manera de rebasar la idea de sujeto originario y autosuficiente del conocimiento, sino también cierta perspectiva emancipadora del sujeto en tanto forma de experiencia límite que busca el desprendimiento y la transformación de sí.

Palabras clave autores: Sujeto; Poder; Resistencia; Actitud Crítica; Escritura; Análisis Literario; Prácticas de sí.

Palabras clave descriptores: Sujeto, Poder, Prácticas de sí.

Abstract

This article develops a theoretical reflection about the possible functions that can have the subject with respect to the relations of power and resistance. It uses initially to the notion of *subjectification* as a referent in the ways in which the human being becomes subject and eventually becomes a node of resistance to power. Later addresses a unique form of resistance called *desubjectification* and raised by Foucault from their analysis of the contemporary literary language; it is a typology of the modern “practices of self” implies not only a way to move beyond the idea of subject originating and self-sufficient knowledge, but also some emancipatory perspective the subject as a form of experience limit that seeks the detachment and the transformation of self.

Keywords authors: Subject; Power; Resistance; Critical Attitude; Writing; Literary Analysis; Practices of Self.

Keywords plus: Subject, Power, Practices of self.

Para citar este artículo:
Ramírez Zuluaga, L. A. (2015). El sujeto en los juegos del poder: subjetivación y desubjetivación desde Foucault. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 7(2), 133-146.

1. Este artículo hace parte de la tesis “Anonimato y poder. Yuxtaposiciones y disyunciones de Michel Foucault y Blanchot”, con la cual obtuvo el título de Doctor en Filosofía en la Universidad de Antioquia.
2. Doctor en Filosofía U. de A. Docente, investigador y miembro del grupo Cultura, Violencia y Territorio y docente de cátedra del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, INER. Correo electrónico: luisimple@hotmail.com



Introducción

El análisis foucaultiano de las tecnologías del poder implica la configuración de una red heterogénea de relaciones que comporta simultáneamente la producción de múltiples y singulares modos de resistencia; pero al interior de ese tejido variable de relaciones, cabe preguntarse: ¿cuál puede ser el lugar o la función del sujeto? Así como la resistencia, el sujeto tendrá un papel activo en las relaciones de poder; sin embargo, es un papel que se juega en una situación indirecta con respecto al poder o, más bien, en el cruce de las prácticas políticas, éticas y estéticas de los modos en que el ser humano se convierte en sujeto, allí donde la subjetivación es además una práctica de libertad mediante la cual el sujeto puede transformarse a sí mismo. Bajo esta perspectiva, es también factible la problematización de otra manera de resistencia que está relacionada con aquello que Foucault mismo ha concebido como una forma de “desprendimiento de sí”: procedimiento de desubjetivación -presente sobre todo en el lenguaje literario contemporáneo- que ha implicado no sólo una manera de rebasar la idea de sujeto originario y autosuficiente del conocimiento, sino también cierta función emancipadora en tanto comporta la búsqueda de una experiencia límite del sujeto y un supuesto carácter transgresor.

1. Subjetivación

Para abordar el asunto de la relación entre el sujeto y el poder analizada por Foucault, es necesario comenzar con una advertencia que él mismo hace en el texto que lleva justamen-

Para abordar el asunto de la relación entre el sujeto y el poder analizada por Foucault, es necesario comenzar con una advertencia que él mismo hace en el texto que lleva justamente por título “El sujeto y el poder” (Foucault, 1991); allí, desde una posición retrospectiva con respecto a su obra, él especifica que el interés principal de sus estudios había sido el sujeto y no el poder, añadiendo que este último no era más que una de las tres fases de una investigación más general, que tenía por objetivo el análisis de los modos a través de los cuales los hombres han sido objetivados para convertirse en sujetos

te por título “El sujeto y el poder” (Foucault, 1991); allí, desde una posición retrospectiva con respecto a su obra, él especifica que el interés principal de sus estudios había sido el sujeto y no el poder, añadiendo que este último no era más que una de las tres fases de una investigación más general, que tenía por objetivo el análisis de los modos a través de los cuales los hombres han sido objetivados para convertirse en sujetos³. Lo que resulta un tanto paradójico

3. Además de la objetivación mediante el poder, los otros dos modos que él menciona son: 1. Los procedimientos científicos que han hecho del hombre un objeto de conocimiento; 2. Las prácticas o técnicas de sí que le han permitido al hombre transformarse en sujeto de sí mismo (Foucault, 1991, pp. 51- 52).

en dicho texto es que, después de manifestar esas precisiones, él continúa con una exposición bastante detallada de su comprensión del poder, argumentando la necesidad que tuvo de plantear otra forma de análisis del poder con la que buscaba superar los modelos jurídicos e institucionalizados, tratando a la vez de implementar una herramienta crítica más adecuada a la racionalidad del problema que durante el siglo XX había hecho aparecer los graves excesos causados por “esas dos «enfermedades del poder»: el fascismo y el estalinismo” (p. 54).

Se podría estar tentado a seguir la hipótesis de que en ese texto Foucault quiso aclarar su concepción del poder para poder desplazar el eje de sus investigaciones al tema del sujeto y que allí estaría, además, la explicación de ese desplazamiento; sin embargo, aquí no se van a matizar las implicaciones de esa paradoja al interior del texto en cuestión, ni se va a examinar la congruencia que tal desplazamiento ha tenido en su obra, tampoco se va a profundizar en la posible conformación de una teoría del sujeto en Foucault, una teoría de la cual él mismo aseguró no tener cabida en sus estudios. Más bien, se trata de problematizar la relación que se da entre el sujeto y el poder, intentando esbozar la posición del sujeto al interior de las luchas en contra de las formas actuales de individuación y sujeción.

El tratamiento del poder en el texto en cuestión está relacionado con la noción de “gobierno” en la cual el poder es comprendido como un modo de acción sobre sujetos activos y/o libres, “en virtud de su actuación o de su capacidad de

acción” (p. 85); este punto de vista implica pues una comprensión del sujeto como “sujeto de acción” y, al mismo tiempo, abre la posibilidad de una fluidez y de una reversibilidad en las relaciones de poder que conforman en lo sucesivo “un campo entero de respuestas, reacciones, resultados e invenciones posibles” (p. 84). De este modo, en el sujeto se encontraría un *topos* del poder, no porque él sea únicamente un blanco del poder, sino porque es el relevo y el lugar de donde una transformación puede producirse. Es más, este postulado ya se encontraba implícito en la concepción del sujeto desde que Foucault había iniciado su analítica de las relaciones de poder con una perspectiva genealógica, en la cual el sujeto era comprendido no solamente como un resultado de los procesos de sujeción, sino también como un nodo de intensidades, un relevo que en las redes de las relaciones podía desviar, cambiar o reconducir el funcionamiento del poder. Es así que en 1975 ya admitía la necesidad de reconocer que “nosotros somos, todos, no sólo el blanco de un poder, sino también el intermediario, ¡o el punto del que emana un determinado poder!” (Foucault, 2008, p. 99)⁴. Entonces, ¿qué nuevas implicaciones hay para la concepción del sujeto dentro de la noción de gobierno planteada por Foucault? No hay aquí ningún misterio impenetrable, la respuesta es quizá demasiado evidente: la relación consigo mismo. El sujeto puede ser el relevo, el engranaje por el que pasa el poder; no obstante, en la relación consigo mismo, el sujeto puede transformar lo que él vehicula y lo que él mismo es. De este modo, el análisis del “gobierno” introduce otro horizonte en las relaciones de

4. Al respecto también añade Foucault que “lo que queda por descubrir en nosotros no es lo que está alienado o lo que es inconsciente, sino esas pequeñas válvulas y esos pequeños relés, los minúsculos engranajes y las sinapsis microscópicas por las cuales pasa el poder y se encuentra reconducido por él mismo” (Foucault, 1991, pp. 51- 52).

poder: éstas implicarán entonces, tanto los mecanismos elaborados por los hombres para gobernar la acción de los otros, como las prácticas que ellos despliegan para gobernarse a sí mismos. Ahora bien, en este segundo caso, ¿se trata todavía de una relación de poder? Y más aún, ¿subsiste la posibilidad de plantear un tipo de resistencia desde la relación consigo mismo?

En la relación consigo mismo opera la racionalidad moral de un tipo de gobierno que implica la conducción de sí mismo; lo cual no estaría inscrito en un funcionamiento del poder que busca someter al individuo, volverlo obediente o anular su voluntad, sino en la configuración o modificación del sujeto a partir del uso de ciertos códigos éticos en el ejercicio de una “libertad relativa”, en tanto que no se trata de una libertad completa o definitiva del sujeto. Si se admite que el contenido ético de la relación consigo mismo se yuxtapone a la racionalidad de la política del gobierno de los otros, hay que señalar que ese tipo de relación no buscaría, en último término, encontrar los medios para constituir una “libre sujeción”⁵; más bien en proyectar las posibilidades de transformar las emisiones globalizantes y/o totalizantes del gobierno de los otros. Es pues mediante el modelo del gobierno, en el cual se mantiene

una línea oblicua entre la conducción de los otros y la conducción de sí mismo, que emerge un rol diferente del sujeto al interior de las relaciones de poder: la posibilidad de hacer de sí mismo un laboratorio y una fuerza de transformación, sin que ello deba desembocar en la promesa de una auto-fundación o en una moral o una filosofía de la liberación absoluta.



Hay que señalar que la formulación del tema del gobierno de sí está vinculada, en una primera instancia, a la profundización de las investigaciones de Foucault sobre *las técnicas de sí* practicadas durante los periodos helenístico y romano; pero es necesario subrayar también que en un plano más general esos estudios se sitúan en la perspectiva de una “historia de la ética”⁶ y de una “genealogía del sujeto”⁷ que implican en sí mismas una problematización del presente⁸. Es al interior de esta doble perspectiva que Foucault llega a precisar ciertos remanentes de la moral griega -como las prácticas de austeridad que los griegos tuvieron en su comportamiento sexual y que fueron retomados

5. En tal contexto la sujeción es un modo de la ética a través del cual “las personas son invitadas o incitadas a reconocer sus obligaciones morales” (Foucault, 2003b, p. 64). En el artículo “Uso de los placeres y técnicas de sí”, Foucault define también la sujeción como “la manera en que el individuo establece su relación con la regla y se reconoce ligado a la obligación de llevarla a la práctica” (Foucault, 2013, p.181).
6. “Una historia de la «ética» entendida como elaboración de una forma de relación consigo mismo que permite al individuo constituirse como sujeto de una conducta moral” (Foucault, 2003a, p. 228).
7. “Si se quiere analizar la genealogía del sujeto en la civilización occidental, se deben tener en cuenta no sólo las técnicas de dominación, sino también las técnicas de sí (...) Tras haber estudiado el campo del poder tomando como punto de partida las técnicas de dominación, me gustaría a lo largo de los próximos años, estudiar las relaciones de poder partiendo de las técnicas de sí” (Foucault 1999b, p. 228).
8. Si ciertos aspectos de la ética griega pueden presentar un interés para la actualidad, Foucault nunca incitó explícitamente a retomar a los griegos. Ha sido quizá Paul Veyne quien se ha expresado de la manera más categórica con respecto a este asunto: “la moral griega está bien muerta actualmente y Foucault estimaba tan poco deseable como imposible resucitarla. Pero un detalle de esa moral, a saber la idea de un trabajo de sí sobre sí, le pareció susceptible de retomar un sentido actual” (Veyne, 1987).

o reconducidos por la moral cristiana (Foucault, 2003b, pp. 50-54)- y algunas diferencias entre las formas de subjetivación de los griegos con respecto a la modernidad, como el cambio que ha habido en la adecuación del sujeto al mundo o a la verdad⁹. Más aún, es desde este trabajo histórico-genealógico que Foucault también llega a problematizar la posible relevancia de la relación consigo mismo en la modernidad:

me parece que es preciso sospechar algo así como una imposibilidad de constituir en la actualidad una ética del yo, cuando en realidad su constitución acaso sea una tarea urgente, fundamental, políticamente indispensable, si es cierto, después de todo, que no hay otro punto, primero y último, de resistencia al poder político que en la relación consigo mismo. (Foucault, 2001c, p. 246)¹⁰.

Entonces, ¿cómo reevaluar hoy la pertinencia y la posibilidad de la práctica de una ética del cuidado de sí sin caer en la nostalgia o la ingenuidad de un retorno a los griegos? ¿Cómo recomponer una ética del cuidado de sí en un tiempo en el que el sujeto se constituye en el entrecruzamiento de mecanismos que movilizan a la vez el problema del poder y de la vida? ¿Cómo concebir la alternativa de una ética del cuidado de sí que debe plantearse como la posibilidad de una resistencia en la era de los biopoderes?

Si estamos en una era en la que el poder ha encontrado en la vida su objeto principal -un poder cuyo funcionamiento ha sido asimilado, consentido e intensificado de manera completamente voluntaria-, es en la vida misma que él va a encontrar su límite; frente al poder que ha tomado la vida como objeto de gobierno, aparece la más consistente y concreta de las luchas: una vida que resiste

Si estamos en una era en la que el poder ha encontrado en la vida su objeto principal -un poder cuyo funcionamiento ha sido asimilado, consentido e intensificado de manera completamente voluntaria-, es en la vida misma que él va a encontrar su límite; frente al poder que ha tomado la vida como objeto de gobierno, aparece la más consistente y concreta de las luchas: una vida que resiste. “La vida deviene resistencia al poder cuando el poder tiene por objeto la vida”, dice Deleuze (1987, p. 122).

9. En *La hermenéutica del sujeto* Foucault (2001c) presenta las posibles diferencias que hay entre las formas de subjetivación de la antigüedad y aquellas de la modernidad. “Esquemáticamente digamos lo siguiente: donde los modernos interpretamos la cuestión «objetivación posible o imposible del sujeto en un campo de conocimientos», los antiguos del periodo griego, helenístico y romano interpretaban «constitución de un saber del mundo como experiencia espiritual del sujeto». Y donde los modernos interpretamos «sometimiento del sujeto al orden de la ley», los griegos y romanos interpretaban «constitución del sujeto como fin último para sí mismo, a través de y por el ejercicio de la verdad» (Foucault, 2001c, p.305). Respecto a las diferencias en cuestión, también hace la siguiente anotación: “la forma de subjetividad propia del pensamiento occidental [...] se constituyó el día en que el *bios* dejó de ser lo que había sido durante tanto tiempo para el pensamiento griego, a saber, el correlato de una *tekhné* [...] Que el mundo, a través del *bios*, se haya convertido en esa experiencia por medio de la cual nos conocemos, ese ejercicio por medio del cual nos transformamos o nos salvamos, creo que es una transformación, una mutación muy importante, con respecto a lo que era el pensamiento griego clásico, a saber, que el *bios* debe ser el objeto de la *techné*, esto es, un arte razonable y racional” (p. 464).

10. En la entrevista titulada “La ética del cuidado de sí como práctica de libertad”, Foucault se pronuncia también sobre esta preminencia de la relación consigo mismo “no se trata de anteponer el cuidado de los otros al cuidado de sí; el cuidado de sí es éticamente lo primordial, en la medida en que la relación consigo mismo es ontológicamente primera” (Foucault, 1999b, p. 400).

Que la vida se convierta en resistencia al biopoder, ello significa, que hay que encontrar en ella, las fuerzas y los modos de impedir que las relaciones de poder se inmovilicen en una sola y única forma de sujeción o en una estructura global y permanente. Es en ese sentido que en “El sujeto y el poder” Foucault habla de la actualidad de las “luchas contra la sujeción, contra formas de subjetividad y sumisión” (Foucault, 1991, p. 60), ello en un contexto en el que se impone el tipo de subjetividad del biopoder estatal, es decir, una subjetividad anclada en el engranaje de las técnicas de individualización y de totalización del Estado moderno, técnicas que, según él, provendrían del poder pastoral; no obstante, para Foucault el problema actual “no es tratar de liberar al individuo del Estado, ni de las instituciones del Estado, sino liberarnos a la vez del Estado y del tipo de individualización que está ligado a él”, y para ello “debemos promover nuevas formas de subjetividad” (p. 69).

Valga aclarar que no se trata aquí de una nueva doctrina de liberación; más bien de la correlación entre una ética y una estética de la existencia, en la que se afirma la capacidad de crear nuevas subjetividades que ya no se componen

bajo un fundamento identitario. Es posible que en el contexto estricto de una política concebida como una estética de contrapoderes, se pueda hablar de identidades estratégicas, identidades que se determinarían como relaciones o posiciones tácticas para llevar una lucha¹¹; pero en el contexto del gobierno de sí, no se puede considerar la relación consigo mismo como una relación de identidad o de identificación -de sí consigo mismo-, sino como una relación de diferenciación y de invención¹². Entonces, si la relación consigo mismo es correlativa a la creación de nuevas subjetividades, éstas no se quedarán en una especie de intransitividad, sino que implicarán simultáneamente la invención de otros modos de relacionarse que serían, como en el caso de la experiencia sexual, fabricaciones de “otras formas de placer, de relaciones, de coexistencias, de lazos, de amores, de intensidades” (Foucault, 2000, p. 153). Ahora bien, para promover la invención de otros modos de relación, según Foucault, no hay que recurrir a los derechos del individuo, sino a la creación de un nuevo derecho que potenciaría la innovación del tejido relacional, combatiendo los tipos de esquemas e instituciones que no hacen más que empobrecerlo:

En vez de destacar que los individuos tienen derechos fundamentales y naturales, deberíamos tratar de imaginar y crear un nuevo derecho relacional que permitiera la existencia de todos los tipos posibles de relaciones, sin que instituciones relacionalmente empobrecedoras pudiesen impedir las, bloquearlas o anularlas. (Foucault, 2013, p. 117).

11. Con relación a ello debe señalarse que Foucault mismo reconoce que él prefiere siempre preservar su libertad ante las formas de lucha en las cuales participó: “Si lucho a tal o cual respecto, lo hago porque en efecto esa lucha es importante para mí en mi subjetividad [...] no deseo, o sobre todo rechazo, ser identificado, ser localizado por el poder” (Foucault, 2001b, p. 1486). Traducción directa del francés. Para las citas que son Traducción Directa del Francés en lo sucesivo se utilizará la abreviatura TDF.
12. Según Foucault, “las relaciones que debemos mantener con nosotros mismos no son relaciones de identidad; más bien, han de ser relaciones de diferenciación, de creación, de innovación” (Foucault, 1999b, p. 421).

En esta percepción, un tanto optimista, es posible imaginar que gracias a la creación de nuevos modos de relacionarse -con los otros y consigo mismo- sería posible provocarle una especie de indigestión a los esquemas jurídicos y sociales cuya gestión tiene como base la estructuración y la limitación del tejido relacional; sin embargo, hay que admitir que la intención de crear un nuevo derecho, que se supondría “relacionalmente rico”, resulta bastante utópica, e incluso contradictoria, pues ¿no es acaso el Derecho un tipo de mecanismo o de discurso fundado precisamente en principios universales de regulación y limitación? Por el momento, digamos que lo que más urge es la tarea ético-política de impedir que los modos de subjetivación y de relacionamiento sean algo ya predeterminado, limitado, fijo y convertido en formas globales y coercitivas de un tipo de gobierno.

Es aquí donde justamente emerge toda la pertinencia de la actitud crítica de la modernidad, en la cual se articula la actualidad de la relación consigo mismo y lo que Foucault enuncia acerca del cuestionamiento analítico y práctico del “¿cómo no ser gobernados *de esa forma*, por ése, en nombre de esos principios?” (Foucault, 2003c, pp. 7-8). Se trata de una tarea que se inscribe en una línea de la filosofía moderna iniciada por Kant y que se ha erigido como un modo de interrogar el presente (Foucault, 1999b, pp. 335-352); una tarea que no se restringe únicamente a una facultad analítica del juicio, sino que tendría también como fin la capacidad de transponer la crí-

tica del presente en una práctica de sí, en la que la filosofía opera como un ejercicio de experimentación que puede contribuir a “la modificación de los valores recibidos y todo el trabajo que se hace para pensar de otra manera, para hacer algo otro, para llegar a ser otra cosa que lo que se es...” (p. 223).

2. Desubjetivación

En aquella actitud crítica de la modernidad que implica una “ética filosófica” se puede reconocer la reivindicación que Foucault trató de mantener a lo largo de sus investigaciones: hacer del pensamiento un trabajo de experimentación y transformación para “desprenderse de sí mismo” (Foucault, 2003a, p. 12), para “pensar de otro modo” (Foucault, 1999b, p. 348), para no ser siempre el mismo y devenir algo diferente de lo que se es. Como lo ha sugerido Judith Revel, incluso desde los años sesenta, época en la que Foucault se interesó por el análisis literario, se prefiguraban ya en él “los temas del desprendimiento de sí, de la práctica de la libertad y la idea de un paso al límite, temas que serán retomados al final de su obra” (Revel, 1991, p. 2). Cabe precisar que durante ese periodo el enfoque crítico de Foucault no tenía la perspectiva de una analítica de la gubernamentalidad. Se trata de dos momentos que apuntan a dos experiencias históricas de la modernidad y a dos actitudes críticas diferentes: en el contexto de la analítica de la gubernamentalidad, la crítica opera como una forma de limitación a los excesos gubernamentales del biopoder estatal y su obstinación de integrar y fijar las redes heterogéneas del poder; mientras que en el contexto de los análisis literarios la crítica es una manera de cuestionar la primacía antropológica al interior de las redes del saber (Sabot, 2003). Estos



dos contextos implicarán, simultáneamente, dos maneras muy diferentes de incorporar o vincular la problemática del sujeto a los alcances de la crítica: en el primero, la crítica tiene como consecuencia una exhortación a la autonomía, a que el sujeto se constituya a sí mismo para ser gobernado lo menos posible; mientras que en el segundo, la crítica tiene que ver con un procedimiento de *desubjetivación* que vendría a ser una manera de impugnar y rebasar la idea del sujeto en tanto que categoría original y autosuficiente del conocimiento.

Nótese que en los dos contextos la forma de limitación ejercida por la crítica se transforma en una “actitud límite”, es decir, en una experiencia en la cual se dibuja la línea del posible rebasamiento; sin embargo, es evidente que el campo de la experiencia y la experiencia misma no son similares. En el primer caso, la experiencia tiene lugar en la esfera ética de la relación consigo mismo, constituyéndose como una práctica de subjetivación, un modo de elaboración o transformación del sujeto a través de un trabajo sobre sí mismo; en el segundo caso, la experiencia tiene como horizonte una estética de la *desubjetivación* en la que el sujeto desaparece como forma fundamental y originaria de la experiencia misma. Esta segunda forma de experiencia es formulada a partir de autores como Nietzsche, Bataille y Blanchot, en los cuales la experiencia “tiene por función desprender al sujeto de sí mismo, procurar que ya no sea

él mismo o que sea llevado a su destrucción o a su disolución. Es un procedimiento de desubjetivación” (Foucault, 2001b, p. 862. TDF)¹³. Con respecto a esos mismos autores, Foucault dirá también que han representado para él:

En primer lugar, una invitación a volver a cuestionar la categoría del sujeto, su supremacía, su función fundadora. Luego, la convicción de que una operación tal no habría tenido ningún sentido si permaneciera limitada a las especulaciones; volver a cuestionar el sujeto significaba experimentar algo que conduciría a su destrucción real, a su disociación, a su explosión, a un convertirse en cualquier otra cosa. (Foucault, 2001b, p. 867. TDF)

En esas apreciaciones -conjugadas con la interpretación que Foucault da de la literatura moderna en tanto que experiencia de desaparición del sujeto en el lenguaje¹⁴- resuena sin duda la polémica conjetura de la “muerte del hombre”. Sin embargo, aquí no se pretende ahondar en ello, sino en tratar de problematizar aún la existencia de otro modo de la resistencia y de otra manera de ser del sujeto en esa forma de “desprendimiento de sí” que podría caracterizarse como una experiencia de desubjetivación, pues es posible esbozar a partir de allí lo que podría ser considerado, de cierto modo, como un rechazo radical del poder y como una nueva subjetividad procedente de la supuesta desaparición del sujeto.

En efecto, durante los años sesenta, cuando Foucault estuvo interesado en la lectura de los

13. En otra entrevista, Foucault dirá igualmente que estos autores -incluyendo además a Klossowski- “hicieron surgir formas de experiencia, en las que el estallido del sujeto, su disolución, la constatación de sus límites, sus basculaciones fuera de esos límites, muestran claramente que no existía esta forma originaria y autosuficiente que suponía clásicamente la filosofía” (Foucault, 1999b, p. 169). También en el texto “Prefacio a la transgresión” -en el cual no sólo Bataille sino también Nietzsche, Blanchot y Klossowski son tratados como pensadores que han contribuido a dar un aspecto no dialéctico a la filosofía-, Foucault habla de una nueva estructura del pensamiento contemporáneo a partir de “el hundimiento de la subjetividad filosófica, su dispersión en el interior de un lenguaje que la desposee, pero que la multiplica en el espacio de su vacío” (Foucault, 1999a, p. 173).

14. “La literatura es el sitio en el que el hombre desaparece en provecho del lenguaje. Allí donde aparece la palabra, el hombre deja de existir” (Foucault, 2001a, p. 1293.TDF).

autores ya mencionados y en el análisis de la literatura moderna, él no veía allí solamente el franqueamiento posible de la preminencia del saber humanístico y antropológico de la modernidad, sino además la emergencia de otro potencial subversivo que despuntaba desde la exterioridad, tan radical como ficticia, de un discurso situado al borde de la filosofía y de las teorías del conocimiento. Es la época en que Foucault parecía querer dar a la literatura una posición privilegiada con respecto a otros discursos, percibiendo cierta función subversiva desde esa potencia de impugnación y desaparición del sujeto que se experimentaba, o se creía experimentar, en el lenguaje literario. Ha sido en Blanchot que Foucault evidenció con mayor claridad esa fuerza de impugnación de la literatura, caracterizándola como una “prueba del límite”, como una forma de pensamiento no-dialéctico o una “filosofía de la afirmación no positiva”. En el artículo sobre Bataille -“Prefacio a la transgresión”-, Foucault definía así el principio blanchotiano de la impugnación:

Esta filosofía de la afirmación no positiva, es decir de la prueba del límite, es la que, según creo, Blanchot definió como principio de contestación [*contestation*]. No se trata de una negación generalizada, sino de una afirmación que no afirma nada: en plena ruptura de transitividad. La contestación no es el esfuerzo del pensamiento por negar unas existencias o unos valores, es el gesto que reconduce a cada uno de ellos a sus límites, y por ello al Límite en que se cumple la decisión ontológica: contestar es ir hasta el corazón vacío donde el ser alcanza su

límite y donde el límite define el ser (Foucault, 1999a, pp. 168-169).

Luego, en el texto consagrado a Blanchot -“El pensamiento del afuera”-, Foucault se pronunciará nuevamente sobre las características de dicha impugnación, expresando que:

el lenguaje dialéctico de Blanchot no hace un uso dialéctico de la negación. Negar dialécticamente es hacer entrar lo que se niega en la interioridad inquieta del espíritu. Negar su propio discurso como hace Blanchot es hacerlo pasar sin cesar fuera de sí mismo, despojarlo a cada instante no sólo de lo que acaba de decir sino del poder de enunciarlo (p. 302)¹⁵.

Esa forma de negación no desemboca pues en el proceso de unificación de la dialéctica -la síntesis-, ni en la predominancia de un sujeto libre y consciente; ella es más bien “una operación no operante” que abre un extenso desvío entre quien habla y lo que se dice, un desvío que no prueba nada ni a nadie, y que deja resonar únicamente la potencia anónima del lenguaje, donde lo que habla es una neutralidad impersonal. El principio blanchotiano de la impugnación no afirma más que la ausencia de poder de quien habla, un impoder que se contrasta así mismo con la “potencia neutra” o el “poder sin poder” que Blanchot adjudica a la literatura.

Es quizá a través de Blanchot que Foucault llegó a profundizar en la consideración de un anonimato constituido desde la experiencia de la desaparición del sujeto en el movimiento propio a la escritura y a la obra literaria¹⁶ -eso

15. Foucault precisa que esta forma de impugnación de Blanchot transforma el lenguaje reflexivo, pues “debe girarse no hacia una confirmación interior –hacia una especie de certeza central de donde no pudiera ser desalojado–, sino más bien hacia un extremo donde le sea preciso discutirse [*contester*] siempre: llegado al borde de sí mismo, no ve que surja la positividad que lo contradice, sino el vacío en el que va a borrarse; y debe ir hacia ese vacío, aceptando deshacerse en el rumor, en la inmediata negación de lo que dice, en un silencio que no es la intimidad de un secreto, sino el puro afuera en el que las palabras se extienden indefinidamente” (p. 302).

16. Acerca de la posible influencia que Blanchot tuvo sobre Foucault, Judith Revel indica lo siguiente: “la obra de Blanchot bien podría haber funcionado para Foucault como una verdadera matriz para su propio pensamiento” (Revel, 1991, p. 58. TDF).

Es quizá a través de Blanchot que Foucault llegó a profundizar en la consideración de un anonimato constituido desde la experiencia de la desaparición del sujeto en el movimiento propio a la escritura y a la obra literaria –eso que Blanchot denomina desobramiento–, llegando así a formular además la desaparición de la figura tradicional del autor.

que Blanchot denomina desobramiento-, llegando así a formular además la desaparición de la figura tradicional del autor. Según Foucault, lo que hace valer Blanchot:

es el hecho de que en realidad una obra no es en absoluto la expresión de una individualidad particular. La obra comporta siempre, por decirlo así, la muerte del autor mismo. Se escribe sólo para, simultáneamente, desaparecer. De cierto modo, la obra existe por sí misma, como la corriente desnuda y anónima del lenguaje, y es esta existencia anónima y neutra del lenguaje de la que hay que ocuparse ahora (Foucault, 2001a, p. 688. TDF).

Al tener en cuenta aquel proyecto general de Foucault que perfila la factible elaboración de una “genealogía del sujeto” (Foucault, 1999b,

p. 228; 2001c, p. 188), puede suponerse que, con lo que él concibe a partir de Blanchot como “el pensamiento del afuera”, emergió una posibilidad radical del “desprendimiento de sí”, pero que de hecho sería un procedimiento bastante diferente, o de una singularidad inédita, con relación a aquellas prácticas que a través de la historia han permitido la constitución del sujeto, pues en la perspectiva blanchotiana –a la que Foucault se acerca en sus análisis literarios– la experiencia de la escritura y del desobramiento no se dan más que bajo el riesgo de la desobjetivación, es decir, de la disolución o del borramiento (effacement) del sujeto. Sin embargo, se debe precisar que no se trata aquí de la renovación de aquel código de la moral cristiana que prescribe al sujeto el tener que negarse o renunciar a sí mismo: modo de la penitencia o de la negación de sí para poder seguir el camino verdadero y encontrar así la vida verdadera en el más allá. Al contrario, se afirma ese singular modo de ser desplegado en la desobjetivación o en la supuesta “desaparición del sujeto”; al respecto, escribe Blanchot:

se tiene por algo seguro que Foucault, siguiendo en esto una determinada concepción de la producción literaria [como la de Blanchot mismo], se desembaraza lisa y llanamente de la noción de sujeto: nada de obra, nada de autor, nada de unidad creadora. Pero todo no es tan sencillo. El sujeto no desaparece: es su unidad, demasiado determinada, la que resulta dudosa, ya que lo que suscita el interés y la investigación, es su desaparición, (es decir, esta nueva manera de ser que es la desaparición) o incluso su dispersión que no lo aniquila, sino que sólo nos ofrece de él más que una pluralidad de posiciones y una discontinuidad de funciones (Blanchot, 2009, p. 89).

17. Siguiendo los diferentes análisis de Foucault en relación a esta cuestión, podría decirse que ese principio de la práctica literaria se extiende desde Sade y Hölderlin hasta Bataille, Klossowski, Blanchot, Laporte y Beckett, pasando por Mallarmé y Kafka.



Con relación a la supuesta “desaparición del sujeto”, es necesario subrayar que no se trata de un mito cándido o un mero estereotipo de la literatura; lo que está allí en juego es más bien uno de los “principios éticos fundamentales de la escritura contemporánea” (Foucault, 1999a, p. 332), una de las reglas inmanentes de un procedimiento que ha intentado acoger un lenguaje impersonal, anónimo, sin un sujeto que lo determine y que no se presenta nunca como algo terminado o definitivo, sino como una práctica de la escritura¹⁷ en la cual, como diría Beckett (como se citó en Foucault, 1999a, p. 332), “qué importa quién habla, alguien ha dicho qué importa quién habla”. La singularidad de la “desaparición del sujeto” corresponde a la exigencia de una forma reciente de la creación literaria que ha estado enmarcada en ese principio de impugnación que compromete, de un lado, el rechazo de todo poder personal y, de otro lado, la ruptura con todos los espacios en los que predomina un poder. Ahora bien, una vez más no se trata de un modo de obtener una liberación total, sino de una manera de llevar el sujeto hasta el límite -hasta su experiencia del límite-, allí donde se designa como límite: límite de sí mismo y límite del poder.

En últimas, la supuesta función contestaría, subversiva o transgresora de la literatura quedó en el pensamiento de Foucault bajo una forma de reivindicación que él mantuvo hasta el final de su obra: la idea de una práctica singular de la libertad mediada por una experiencia límite que surgió de su acercamiento al pensamiento literario y que permaneció en él como la posibilidad de “desprenderse de sí mismo”, para poder ejercer un cambio en el pensamiento y transformarse a sí mismo. El sentido de esa experiencia bien podría hacer parte de la historia de las “prácticas de sí” bajo la denominación singular de desubjetivación; una práctica que además estaría en relación con una manera de rechazo a las técnicas políticas que pretenden fijar a una identidad individual o global para facilitar los medios de disciplinamiento y control en la economía del poder. La desubjetivación sería así otro modo diferente de subjetivación en la cual la resistencia al poder partiría de aquel nodo del poder que es el sujeto mismo, con la búsqueda propia de su variación, de su discontinuidad, y con el fin de crear otras formas de subjetivación y de relación con otros.

Quizá esto suene a la opinión ya habitual que, bajo la pretendida modalidad “espiritual” de la “auto-superación” y con un trasfondo demasiado light, dice que “para cambiar al mundo, primero hay que cambiarse a sí mismo”; pero es claro que las repercusiones éticas y políticas de la desubjetivación no apuntan a una posible “auto-superación” derivada de la “transformación de sí mismo”, sino a la emergencia de una forma de resistencia que parte del cuestionamiento del sujeto y va a la búsqueda de una experiencia límite en la cual la inquietud de sí pasa por una práctica de la escritura en tanto potencia de contestación que impugna al poder, y que incluso se impugna a sí misma como forma de poder.

Aunque Foucault nunca concordó con una perspectiva en la que sería posible acabar de una vez por todas con las relaciones de poder, sí alcanzó entonces a avistar desde cierta “idealización” de la literatura un espacio de resistencia en el que la escritura encarnaría una radical insubordinación al poder. Claro que él terminó por asumir una posición más “moderada”, llegando a reconocer que esa supuesta manera radical de la subversión propia a la escritura ficcional, en la que se impugna y resbala el poder, puede ser finalmente apropiada por la cultura burguesa del esparcimiento que ve en ella un carácter inoperante o inofensivo que permite considerarla, desdeñosamente, como simple “literatura”. Pero pese a esa evidencia, Foucault nunca renunció a la fabricación de textos que, incluso bajo la condición de una función ficcional, pudiesen entrar en los juegos de la verdad y servir de herramienta o de arma contra los abusos del poder.

Referencias

- Blanchot, M. (2009). *Michel Foucault tal como lo imagino*. Isidro Herrera (trad.). Madrid: Arena Libros.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. José Vázquez Pérez (trad.). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1991). *El Sujeto y el poder*. Cecilia Gómez y Juan Camilo Ochoa (trads.). Bogotá: Ediciones Carpe Diem.
- _____. (1999a). *Entre Filosofía y literatura*. Miguel Morey (trad.). Barcelona: Paidós.
- _____. (1999b). *Estética, ética y hermenéutica*. Ángel Gabilondo (trad.). Barcelona: Paidós.
- _____. (2000). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Miguel Morey (trad.). Madrid: Alianza.
- _____. (2001a). *Dits et écrits I*. Paris: Gallimard.
- _____. (2001b). *Dits et écrits II*. Paris: Gallimard.
- _____. (2001c). *Hermenéutica del sujeto: curso en el collège de France (1981-1982)*. Horacio Pons (trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2003a). *Historia de la sexualidad II: El uso de los placeres*. Martí Soler (trad.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____. (2003b). *El yo minimalista y otras conversaciones*. Graciela Staps (trad.). Buenos Aires: La marca.
- _____. (2003c). *Sobre la Ilustración*. Javier de la Higuera (trad.). Madrid: Tecnos.
- _____. (2008). Roger Pol-Droit. Entrevistas con Michel Foucault. Rosa Rius y Pere Salvat. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2013). La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto. Horacio Pons (trad.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Revel, J. (1991). *Littérature et philosophie dans l'œuvre de Michel Foucault, mémoire de D.E.A.* Paris: Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Sabot, P. (2003). «La littérature aux confins du savoir». En P. Sabor, *Lectures de Michel Foucault 3: sur les Dits et écrits* (pp. 17-33). Lyon: ENS Éditions,
- Veyne, P. (1987). *El último Foucault y su moral*. Recuperado de http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio09/sec_40.html

